



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

ANTECEDENTES

Desde su independencia conseguida en 1821, la nación mexicana sufrió cincuenta y cinco años de constante violencia en los que dos desafortunados imperios, dictaduras intermitentes, pérdidas territoriales, invasiones extranjeras y crisis económicas, dejaron al país en la ruina y muy lejos de ser la potencia Americana que alguna vez predijo el noble científico Alejandro de Humboldt. En este escenario de inestabilidad cercano a la anarquía, las esperanzas de un pueblo se centraron alrededor del hombre fuerte que por fin empuñó la bandera de “Paz, Orden y Progreso”.

LA TRAYECTORIA DEL “ARQUITECTO DE LA PAZ”

No es posible tratar un periodo tan complejo y tan contrastante de la historia de México sin describir los antecedentes de su principal artífice: Porfirio Díaz Mory, quien nació en Oaxaca en 1830. Siendo un joven y ferviente republicano con estudios de leyes en su estado natal, inició su carrera militar al unirse a la rebelión que depuso al presiden-

te Santa Anna en 1855. Poco después del triunfo liberal en la Guerra de Reforma, Francia invadió a México atraída no solo por los sueños imperiales de Napoleón III, sino también por la creciente preocupación europea con respecto al ávido expansionismo de los Estados Unidos de América, cuyos esfuerzos por crear su propio imperio continental se veían interrumpidos por una cruenta guerra interna.

Díaz fue un improvisado pero brillante y audaz comandante que mostró un desempeño sobresaliente durante la Intervención Francesa, llevando a las armas republicanas a la victoria en muchos encuentros contra los imperialistas, particularmente con la captura de la ciudad de Puebla el 2 de abril de 1867. Con este logro, adelantó la caída del último bastión imperial en Querétaro, lo cual significó el fin de la última invasión sufrida por México en el siglo XIX.

Como resultado de esta segunda guerra de independencia, el gobierno de la República Restaurada encaró el inmenso reto de reconstruir a un país inmerso en profunda anarquía y pobreza. Reconocido como un líder natural y un héroe de guerra, Porfirio Díaz se convirtió en una figura popular con un claro objetivo político. Oponiéndose a la reelección del Presidente Juárez en 1872, Díaz encabezó un levantamiento militar para derrocarlo con el lema "Sufragio Efectivo, No Reección", que irónicamente sería utilizado en contra suya décadas después. La falta de apoyo popular y la muerte de Benito Juárez, cuya figura había sido el motivo del levantamiento causaron el fracaso de "La Noria". Cuatro años después, el presidente Sebastián Lerdo de Tejada intentó su propia reelección, pero esta vez los esfuerzos de Díaz sí tuvieron éxito, alcanzando al fin la ambicionada Presidencia de la República, después de abanderar la rebelión de Tuxtepec.

LA ERA PORFIRIANA

Bajo el liderazgo del presidente Díaz, la administración federal inició importantes proyectos para reactivar el sistema financiero mexicano a través del apoyo de sólidas inversiones en infraestructura y del fortalecimiento de la clase media industrial. Rodeado por un selecto grupo de intelectuales y políticos positivistas conocidos como los “Científicos”, Díaz sentó las bases para una autocracia despótica con miras al desarrollo nacional y a la estabilidad social. En los albores del siglo XX, la Ciudad de México era ya una urbe cosmopolita alumbrada por electricidad que también impulsaba a los tranvías que pululaban las calles. La productividad agrícola alcanzó sus máximos indicadores con fuertes exportaciones a Europa. Minas y fábricas fueron inauguradas y largas líneas de ferrocarril se extendieron por el territorio nacional conectando a las más importantes ciudades y puertos. En cuanto a la imagen internacional del país, Díaz comprendió que aislarse de las potencias extranjeras traería a México mayores desgracias militares y financieras. Por ende, durante su dictadura llevó una política exterior orientada a la reconciliación con el fin de tener mayor presencia internacional. Inversionistas europeos y estadounidenses incrementaron su intervención en las comunicaciones, la producción de energía y la explotación de recursos naturales, recibiendo la protección y apoyo total del gobierno porfirista.

La estabilidad política y la paz nacional eran factores indispensables para el crecimiento económico. Sin embargo, existía un abismo entre las diferentes clases sociales, con muy pocas personas poseyendo la mayor parte de la riqueza del país, mientras que una gran parte de la población trabajaba sin garantías laborales, o sin recibir lo necesario para vivir

con dignidad. Las enormes plantaciones y haciendas, que eran poseídas por un puñado de aristócratas terratenientes, fueron escenario de las más crueles explotaciones hacia los trabajadores. Eran éstos hacendados quienes tomaban ventaja de la mano de obra de miles de campesinos que trabajaban sin descanso desde el amanecer hasta el anochecer. Muy frecuentemente, los capataces a cargo de esta pobre gente eran personas sin escrúpulos. Los castigos corporales estaban permitidos y eran aplicables a todos aquellos que no estaban dispuestos a trabajar en estas condiciones. En resumen, la aparente paz y orden existían gracias a duras políticas represivas aplicadas contra todos aquellos que disientían contra el gobierno.

Estas injusticias provocaron un profundo sentimiento de desprecio y odio por parte de la población oprimida hacia la oligarquía en el poder. Muchos grupos trataron de expresar su oposición a estas políticas y obviamente sufrieron la censura, la persecución y hasta el asesinato. Como consecuencia, muchos optaron por guardar silencio o emigrar al extranjero, pero otros buscaron por diferentes medios que en México reinara la justicia y la equidad.

A principios del siglo XX, clubes antireeleccionistas conformados en su mayoría por una nueva generación de liberales, empezaron a expresar su inconformidad con el autoritario régimen porfirista a través de manifestaciones públicas, agresivos materiales periodísticos y protestas civiles. En otras partes del país, el ambiente de inconformidad llegó al clímax y tuvieron lugar desordenes civiles y huelgas que fueron reprimidas con extrema dureza, como fue el caso de Cananea, conocida como la capital minera del norte, en 1906. Esta fue la primera chispa para la revolución social que se avecinaba. Meses después, eventos violentos sucedieron en Río Blanco, Veracruz, donde inició una huelga en la industria textil que terminó en otra terrible masacre. Del mismo

modo, en Monterrey, los operadores del ferrocarril dejaron temporalmente sus labores en protesta. Una parte de la población secundó estos levantamientos en Puebla y Tlaxcala. El descontento con el régimen de Díaz era evidente y la amenaza de una guerra civil estaba cada día más cerca.

Francisco I. Madero, hijo de un prominente hacendado de Coahuila, era un hombre convencido de que la voluntad popular debía dictar el destino del país y no una sola persona insensible a las necesidades y derechos de su pueblo. Desde su hacienda, patrocinó a algunos enemigos políticos exiliados en el extranjero y decidió unirse al Partido Demócrata Independiente para participar activamente en la oposición. En 1908, publicó "La Sucesión Presidencial", un estudio sobre la democracia y la desesperada situación social del pueblo de México, en el que sutilmente anunciaba al presidente Díaz que el pueblo mexicano le daría una última oportunidad para dejar el poder sin derramamiento de sangre. Intentando confrontar a Díaz en el plano político, Madero aceptó la candidatura del Partido Antirreleccionista por la Presidencia de la República para contender en las elecciones federales de 1910. Durante la campaña proselitista, fue encarcelado y, obviamente, inhabilitado para competir, fue fácilmente derrotado por la fórmula reeleccionista Díaz-Corral. Para los grupos maderistas, esta situación fue intolerable e inmediatamente declararon la nulidad de dichas elecciones.

Madero no tuvo más remedio que escapar del país y desde Texas redactó el "Plan de San Luis". Este manifiesto revolucionario fue una declaración formal de guerra en contra de la dictadura de Díaz, en la que llamaba a todos los mexicanos a tomar las armas el 20 de noviembre de 1910.

LA PRIMERA SANGRE DE LA REVOLUCIÓN

Algunas semanas antes de la fecha indicada para iniciar el movimiento armado, se reportaron disturbios en varios pueblos y ciudades a lo largo y ancho del país, pero el más violento ocurrió en Puebla, el 18 de noviembre. La policía local descubrió que Aquiles Serdán y sus familiares almacenaban armas en su domicilio, con el fin de apoyar la rebelión. Cuando se intentó realizar el arresto, se inició una furiosa balacera con los rurales y la gendarmería. Aunque las arengas de los Serdán no combatieron sin ayuda, y trataron de levantar al pueblo durante el enfrentamiento, fueron finalmente asesinados; sin embargo, el polvorín ya estaba encendido y una revolución armada de grandes proporciones resultaba inminente.